

UNA
CORONA
DE
SANGRE
Y
RUINA

LJ ANDREWS

UNA
CORONA
DE
SANGRE
Y
RUINA

L J Andrews

FAERIS

Título original: *Crown of Blood and Ruin*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 2022 by LJ Andrews

Edición publicada mediante acuerdo con Donald Maass Literary Agency vía International Editors and Yañez Co.

© de la traducción: M.^a del Puerto Barruetabefía Díez, 2024

© Cover Design by Moonpress, www.moonpress.co

© Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2024.

Valentín Beato, 21. 28037 Madrid



ISBN: 978-84-19988-40-9

Depósito legal: M. 13.653-2024

Impreso en España - Printed in Spain

Descubre aquí el reino de Faeris:



PRIMERA PARTE

CAPÍTULO UNO

El príncipe de la noche

Los listones de madera olían a vómito.

Me ardía el fondo de la garganta por el hedor cada vez que respiraba. Pero a ninguno de los que había en aquella mesa parecía importarle. De hecho, al hombre que tenía enfrente no hacían más que caérsele trozos de su arenque ahumado encima de la mesa y él los recogía y se los comía tranquilamente, como si no hubieran estado en contacto con el repugnante contenido de las entrañas de otra persona.

Él frunció los labios y se arrellanó en su silla sin apartar los ojos de mí.

—Es usted *Herr* Legion Grey, ¿no?

Lo miré con una sonrisa torcida.

—Si no ha cambiado nada en los últimos tiempos, así es.

Resopló y expulsó algo desagradable por la nariz, que después se limpió con el dorso de la mano.

—Dígame por qué debería vendérselos a usted. Su rey me ha ofrecido un buen precio. Y es el rey, maldita sea.

El comerciante miró por la ventana empañada afuera, donde había tres docenas de sirvientes encadenados como cerdos que llevaran al matadero. Tamborileó sobre la mesa con los de-

dos de la mano izquierda y cogió el cuerno para beber con la misma mano. Era zurdo. Me atacaría con la espada corta que llevaba en el cinto por mi lado más débil, pero eso era fácil de contrarrestar.

Le di un trago a la cerveza fuerte.

Su espada no era de baja calidad, pero tampoco la habían forjado manos expertas. El acero estaba un poco desequilibrado y era demasiado grande y pesada. Las estocadas serían rápidas y fuertes, pero con poco control.

—¿Para qué los quiere? —insistió.

Levanté la vista para mirarlo.

—Soy ambicioso, *Herr*, y en Timoran estamos atravesando tiempos inciertos. Usted no es de por aquí, pero yo tengo los cofres bien llenos. Me vendrían bien unos cuantos sirvientes fuertes para guardar las puertas de mi casa, nada más.

El comerciante enarcó una ceja. No dejaba de estirar la pierna derecha. ¿La tendría resentida? ¿Alguna vieja herida? Luego podría aprovecharme de ese detalle, si es que llegaba a levantarse.

—Por lo que veo, *Herr* Grey, ya tiene unos buenos especímenes para cubrirle las espaldas. —Observó el espectacular muro que formaban los hombres que tenía detrás de mí. Tor, Ari y Brant estaban allí plantados, con los brazos cruzados, las espadas en los cintos y los ceños fruncidos.

Me contuve para no poner los ojos en blanco.

Idiota. Estaba allí haciendo el papel de Legion Grey, un comerciante arrogante y temerario de Nuevo Timoran. Y se suponía que ellos eran mis socios, mis compañeros. En el pasado se nos conocía por jugárnosla en las mesas de juego y nos consideraban hombres jóvenes, ricos y derrochadores, con buen ojo para detectar un negocio rentable.

No guerreros de un rey.

Ari era el único que tenía razones para parecer agobiado, porque seguro que lo estaba pasando mal. Como contaba con la furia de la ilusión, Ari era la única razón por la que nadie veía mis ras-

gos de fae, pero la furia, si se utilizaba durante demasiado tiempo, dejaba el cuerpo sin fuerzas.

Y aquel comerciante insufrible no paraba de parlotear.

—Están molestos porque no los hemos invitado a beber —dije con sorna, y después atravesé con la mirada a Tor. Él no sonreía mucho antes, pero desde la última vez que estuvimos en el castillo Aguja del Cuervo, solo había una persona que podía arrancarle alguna emoción a mi viejo amigo.

Elise no estaba allí, pero lo menos que podía hacer él era representar su papel de socio comercial de Legion Grey despreocupado y ambicioso.

Como Mattis.

El carpintero se había metido en su papel sin revelar su habilidad para utilizar la espada que llevaba al cinto. Se reía a carcajadas y golpeaba la superficie de una mesa en un rincón mientras compartía un cuerno de vino tinto especiado con otro hombre que permanecía oculto bajo una capucha.

Frey no quería mostrar su cara, al menos aún no. Allí lo reconocerían enseguida.

Mi apestoso compañero de mesa vació su cuerno sin apartar los ojos de mí.

—Mis disculpas, *Herr*, pero no voy a romper un acuerdo con un rey para satisfacer su ambición. Acuda al mercado de Aguja del Cuervo. Y un consejo, si me lo permite: será mejor que no siga yendo por ahí intentando arrebatarle a la casa real lo que es suyo.

—Creo que está cometiendo un error.

Aquella conversación estaba a punto de cambiar de rumbo. Mientras el comerciante soltaba sus bravatas y se pavoneaba como un gallo arrogante, muy pagado de sí mismo, el hacha que yo tenía en el regazo, oculta bajo la mesa, empezaba a quemarme en la mano.

Una sonrisa de suficiencia apareció en su cara, curtida por los elementos.

—Si cometiera errores, no habría llegado a hacer tratos con los reyes, muchacho.

—¿Muchacho? —dije con una carcajada—. Es muy atrevido por su parte, *Herr*.

—No crea que no conozco la reputación del rebelde Legion Grey, un comerciante que se acuesta con las hijas de otros del gremio mientras les roba a sus padres sin que se enteren. Para mí, usted no es más que un joven descarriado con una bolsa repleta.

Enarqué una ceja.

—¿Eso es lo que dicen de mí?

Él sonrió, dejando al descubierto un diente de oro.

—Sí. Menos mal que yo no tengo hijas, *Herr* Grey. No voy a hacer negocios con usted. Mantener una buena relación con un rey es mucho más interesante que un trato con un imberbe como usted.

Sonreí mientras levantaba el cuerno.

—No podría estar más de acuerdo. Pero me gustaría darle una última oportunidad de cerrar el negocio por su propia voluntad.

—¿Quiere que se los entregue sin más? —Se rio entre dientes—. Es usted muy extraño. No me explico cómo ha llegado tan lejos en el mundo del comercio.

—¿Debo entender que se niega?

El comerciante me miró como si yo hubiera perdido la cabeza.

—Sí, *Herr* Grey. Me niego a darle mis sirvientes.

—Entendido. —Rodeé con la mano la empuñadura del hacha de batalla. El cuero, la madera y el acero me transmitían una extraña tranquilidad. Algo familiar y letal—. Por desgracia, esta noche no va a acabar bien para usted. El verdadero rey no tiene interés en comerciar con tipos como usted. Solo quería ser justo y darle una oportunidad.

Su sonrisa desapareció.

—¿Pero qué...?

Antes de que el comerciante terminara la frase, el filo curvado de mi hacha le rebanó los dedos que tenía sobre la mesa. Un

aullido gutural y escalofriante acabó con la paz que hasta el momento reinaba en la taberna. Los hombres de Ruskig que venían conmigo atacaron a los del comerciante antes de que se dieran cuenta de lo que estaba pasando.

La espada de Mattis le atravesó la columna a un comerciante. Frey se quitó la capucha y le lanzó al tabernero una daga que le atravesó la garganta. No cuestioné su decisión, porque seguro que el guardia ettano tenía sus razones para matarlo.

Los parroquianos de la taberna empezaron a gritar. Algunos echaron mano a sus armas, pero ninguno vivió mucho. Unos cuantos se quedaron mirando a Frey con la boca abierta, e incluso sonrieron con un cierto aire de victoria. Cuando me levanté de mi asiento, Tor, Mattis y Brant se lanzaron a por el resto del grupo del comerciante, les pusieron a todos los cuchillos en la garganta y les obligaron a ponerse de rodillas.

Ari soltó un suspiro de alivio cuando pudo detener por fin la ilusión que ocultaba mis rasgos de fae.

Me ajusté los puños de la chaqueta y me coloqué al lado del comerciante, que tenía la frente cubierta de sudor y estaba pálido. La sangre empapaba la mesa y se mezclaba con la cerveza derramada.

Hizo una mueca al ver la oscuridad de mis ojos y las puntas de mis orejas. Yo acaricié el filo del hacha, me puse en cuclillas y le coloqué la mano en la nuca.

—Debería disculparme. La verdad es que no he sido del todo sincero sobre nuestra reunión. —Apoyé el filo del hacha en sus nudillos, dejé caer la mano sobre la empuñadura y la hoja se hundió en la carne. El comerciante gruñó y cerró los ojos—. Pero primero creo que debería rectificar esos rumores tan atroces que corren sobre mí. Yo no me he acostado con la hija de ningún comerciante. Estoy más que satisfecho con una sola hija de Timoran. Lo comprendería si la viera, *Herr*, se lo aseguro. Es tremendamente hermosa y aterradora al mismo tiempo...

—Tal vez podríamos acelerar un poco las cosas. Estos desgraciados creen que pueden liberarse, y resulta bastante irritante —pidió Ari, sonriendo.

Los comerciantes que estaban en manos de mis hombres se resistían e intentaban alcanzar las armas que tenían en las fundas de sus cintos.

—Perdona —contesté, mirando con aire divertido al de la mesa—. Cuando me pongo a hablar de Elise es que no puedo contenerme.

—¿Quién es usted? —preguntó con voz ahogada.

—Ha venido a hacer un trato con el rey, ¿no? Como he dicho, él..., es decir, yo no quiero hacer ningún negocio con usted. Pero me voy a llevar la mercancía de todas formas.

Tal vez la pérdida de sangre o el trauma del corte de los dedos le produjeron una locura transitoria al comerciante. Se echó a reír y unas gotas de saliva se le quedaron colgando de la barba desgreñada.

—Está loco. Su rey lo hará pedazos por esto.

Miré con sorna a Tor.

—Sigue hablando de mi rey. Ah, creo que lo entiendo. —Entorné los ojos—. Debe de estar refiriéndose al falso rey. Muy típico de Calder continuar con este juego de mentiras.

—¿Fa... falso rey?

Me erguí y acerqué los labios a su oreja.

—Ha venido a mi tierra con intención de comerciar con magia, con mi gente. Para mí es prácticamente como si me hubiera declarado la guerra. —Le hice un gesto con la cabeza a Tor—. Matadlos.

Todo ocurrió muy rápido. Los cuchillos y las dagas se clavaron en los hombres del comerciante; su jefe dio un respingo al oír cada golpe contra el suelo de olor acre. Con menos cuidado del necesario, le arranqué el hacha de la mano destrozada. El comerciante chilló, cayó sobre la mesa y se puso a temblar.

—Lo voy a dejar vivir hoy —anuncié—. De nada. Cuando lleguen los guardias de Aguja del Cuervo, porque lo harán, para

llevarlo ante el falso rey, espero que le trasmita mis mejores deseos y que le diga que el rey Valen Ferus está muy cerca ya. Y que le agradezco mucho su empeño en continuar con el comercio. Sus caravanas le han sido de gran ayuda al auténtico pueblo originario de esta tierra.

El comerciante se me quedó mirando con un miedo terrible. Me producía cierta satisfacción ver aquella mirada. En el pasado disfrutaba muchísimo cada vez que hacíamos algo así. Durante meses nos dedicamos a asaltar las caravanas de Calder para dejarlo sin suministros y debilitarlo.

Les hice un gesto fugaz a mis hombres para indicarles que nos íbamos. Brant le dio una palmadita en el hombro al comerciante, le tiró un trapo y lo dejó para que se hiciera un vendaje improvisado. Los Cuervos vendrían a buscarlo y lo llevarían ante Calder. Y el rey cobarde lo mataría o... No, teniendo en cuenta el carácter de Calder, seguro que querría que acabaran con su vida.

Fuera, Frey y Mattis estaban liberando a los sirvientes. Me arranqué el chaleco que llevaba. Nunca lograría entender por qué a los timoranos les resultaba cómoda aquella ropa.

Mattis me lanzó mi segunda hacha de batalla con una sonrisa.

—Muy bien, mi rey.

La noche se llenó de carcajadas. Era evidente que algunos de los sirvientes no eran de Timoran; la sangre de sus cuerpos magullados y maltrechos tenía el fuerte y empalagoso olor de la podredumbre. Eran alver, un pueblo mágico de un reino lejano. Sonreí al imaginar que Junius, nuestra amiga alver, estaría encantada de saber que habíamos encontrado a algunos de los suyos y se los habíamos arrebatado a Aguja del Cuervo.

—¿Frey? ¡Frey! —Una voz profunda y gutural resonó por encima de las demás.

Frey dejó caer la espada y una sonrisa alegre apareció en sus labios. Corrió entre el grupo desordenado hasta llegar junto a otro hombre, que iba vestido con harapos. Algunos de los liberados miraron a mi guardia y repitieron su nombre entre murmu-

llos. No era de extrañar, porque estábamos en el lugar de origen de Frey, en su hogar, que Aguja del Cuervo había destruido tras robar a sus gentes, matar a las mujeres y los niños y esclavizar a los hombres.

—Rey Valen, tengo que hacerte una petición de carácter personal —me había dicho unas semanas atrás.

—¿Personal?

—Podríamos decir que se trata de una venganza.

Ese sentimiento me resultaba familiar, así que asentí.

—¿Qué quieres?

—Quiero liberar a mi gente, a mi hermano. Y después acabar con los que lo han mantenido prisionero durante dos órbitas.

Me dio unos cuantos detalles y me explicó que los ettanos de las ciudades del sur lucharon por la antigua Etta, por mi familia. Por culpa de su rebelión los masacraron y los vendieron como sirvientes. Había localizado otra caravana que le podíamos arrebatarse a Calder y, además, Frey había dado con un comerciante en particular con una mercancía muy concreta.

Cuando su hermano, que tenía unas facciones casi idénticas a las de Frey, dejó de abrazarlo y le puso las manos a ambos lados de la cara, sentí una punzada en el pecho. Qué curioso que ver el feliz reencuentro de dos hermanos me produjera un nudo en el estómago.

Frey había salvado a su hermano; yo había abandonado al mío.

—¡Os ha liberado el rey Valen Ferus! —gritó Tor para que se le oyera por encima de las risas. Las voces se acallaron al instante; solo se oían unos cuantos susurros que repetían mi nombre—. Protegemos a la gente con magia. Cualquier tipo de magia. Y pretendemos recuperar esta tierra.

No había duda de que esos sirvientes habían sido golpeados y maltratados durante solo los dioses sabían cuánto tiempo. Pero, mientras Tor hablaba, aparecieron sonrisas que iluminaron la noche y destellos de esperanza en los ojos oscuros.

—¡Uníos a nosotros! —pidió Frey—. Muchos de vosotros sois de los míos, de los de Axel. —Le puso una mano en el hombro delgado a su hermano.

Axel me miró unos segundos antes de hincar una rodilla en el suelo y colocarse el puño sobre el corazón.

—Yo me uno al verdadero rey.

Otros se arrodillaron también, pero algunos dudaron.

Brant dio un paso adelante y se hizo un corte en la palma. Su sangre tenía un olor dulzón, como la de algunos sirvientes de ese grupo.

—Nosotros luchamos para defender todo tipo de magia.

Se vieron más sonrisas. Los que tenían la misma sangre que él rieron bajito y se golpearon el pecho con el puño.

Brant no entendía muy bien su propia magia, porque había descubierto que era alver hacía solamente media órbita, pero la magia de su sangre había resultado muy útil. El don premonitorio de Brant y sus advertencias cuando había peligro nos habían salvado el cuello más de una vez.

Desde que había revelado mi verdadero nombre, más etnanos y habitantes de la noche habían viajado hasta Ruskig para buscar refugio y unirse a su gente. Calder se estaba viendo obligado a comprar esclavos fuera de nuestras fronteras y así traer furia extraña (o mesmer, como llamaba Junius a su magia). Con la ayuda de Brant, estábamos logrando arrebatarse eso también al falso rey.

Mattis apareció a mi lado con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Otro éxito, diría yo. Calder languidece cada día más. Y te tiene miedo.

—Nos tiene miedo —corregí—. A nosotros.

Era cierto. El castillo Aguja del Cuervo había multiplicado por diez sus defensas; tenían miedo de la amenaza creciente que suponía la furia. Y eso también significaba que Calder estaba acorralado. Había una cosa que sabía sobre los hombres poderosos y

desesperados por mantener el control: eran impredecibles. Peligrosos. Nuestra rebelión debía hacerse con cautela.

Algunos seguían exigiendo que pasáramos a cuchillo a todos los timoranos. Pensé en Elise. No quería ni pensarlo, pero había caras nuevas en Ruskig que la miraban como si creyeran que ella debería estar entre los habitantes de Aguja del Cuervo cuando ardieran.

Pero eso no iba a pasar.

Ella ayudaría a unir a todos los pueblos de aquella tierra y a curar las cicatrices. Elise Lysander era la persona a la que había elegido mi corazón, y los demás tendrían que acostumbrarse a que su rey temporal amara a alguien de la realeza timorana.

—Calder devolverá el golpe —murmuró Tor mientras Frey y Brant organizaban a los sirvientes en unidades y los preparaban para el viaje.

—Que lo haga —dije—. Está en las últimas. Nos acercamos, y lo sabe. Lo sacará y, cuando lo haga, Sol será nuestro.

Tor cerró los ojos.

—Valen, yo no voy a ser capaz de matarlo.

Sol era la única arma que le quedaba a Calder para enfrentarse a mí. Yo había creído que el príncipe solar estaba muerto, pero, durante todo ese tiempo, Aguja del Cuervo había mantenido prisionero a mi hermano, un fae oscuro, y había utilizado su furia para crear un veneno pestilente; habían convertido a Sol en una especie de bestia a su servicio.

En el fondo yo sabía que, si Sol suponía una amenaza para nuestra gente, él querría que yo lo matara. Pero, igual que Tor, no sabía si podría hacerlo llegado el momento.

—No quiero matar a mi hermano. Lo que he hecho ha sido planear la forma de recuperarlo la próxima vez que lo saquen de su encierro y traerlo a casa contigo. —Le puse una mano en el hombro a Tor y después me adelanté para conducir la caravana de vuelta a Ruskig.

Sí, Calder devolvería el golpe. Pero estaríamos preparados.

Tocado por nuestros ataques, al rey cobarde le costaba alimentar a su gente, pero yo dudaba que eso le importara lo más mínimo. Estaba demasiado concentrado en intentar conseguir mi cabeza como para que le quedara tiempo de idear una verdadera estrategia.

Pronto sería su cabeza la que acabaría en mis manos.

UNA CORONA DE SANGRE Y RUINA

LA GUERRA HA COMENZADO.
PERO LOS SECRETOS TIENEN EL PODER DE ACABAR...
CON TODO.

Una princesa caída en desgracia. Traidora. Y ahora reina.

Tras renegar de su pueblo y de lo que le correspondía por nacimiento, Elise Lysander ocupa su lugar junto al nuevo rey feérico en una tierra dividida. Venerada por algunos y odiada por muchos, la batalla que Elise tendrá que librar por su amor y su libertad no ha hecho más que comenzar.

Cuando los secretos del castillo Aguja del Cuervo salen a la luz, Elise y Valen descubren que sus enemigos tienen en sus manos más poder del que ellos imaginaban. Y hará falta algo más que espadas para vencerlos: ambos tendrán que cumplir la peligrosa petición del hermano encarcelado de Valen, destruir una profecía del destino que custodia la brutal hermana de Elise y establecer una alianza indeseada con un ladrón misterioso de un reino vecino, que puede resultar en la victoria definitiva o en más muerte y destrucción.

La sangre llama y la guerra es la respuesta.

Para Elise y Valen esta guerra podría suponer la salvación por la que tanto han luchado... o un desenlace trágico para todo lo que aman.

FAERIS

ISBN: 978-84-19988-40-9



9

788419

988409

Cód.: 5310054